

aristocracia han dictado sus mas antiguas tradiciones. Las cláusulas siguientes del fuero de Sobrarbe que nos ha conservado Blancas, quien las tomó de la historia del príncipe Carlos de Viana, participan de este carácter.

Gobierne en paz y justicia sus estados, y concédanos fueros mas ventajosos.

Las tierras recobradas de los moros se repartirán no solo entre los ricos-hombres, sino tambien entre la clase militar y los infanzones. Los extranjeros no tendrán derecho á parte alguna.

No podrá el rey administrar justicia sin la asistencia de un tribunal de sus súbditos.

No podrá el rey declarar la guerra, hacer la paz, conceder treguas ni deliberar en los negocios de mayor importancia sin el asentimiento de los ricos-hombres.

Para que nuestras leyes y nuestras libertades no padezcan detrimento alguno, habrá cierto juez medio, el cual reparará los perjuicios que el rey irrogase á cualquiera de sus súbditos y los daños que ocasionare al estado (1).

Mas espresivo es aun el célebre privilegio, concedido por Iñigo Arista despues de haber jurado el fuero de Sobrarbe. Permitió que

Si aconteciere que alguna vez oprimiera el estado quebrantando los fueros y las libertades, quedasen libres para elegir otro rey, aunque fuese pagano (2).

A estas leyes debe añadirse la fórmula usada antiguamente segun Antonio Perez en el juramento de los reyes.

Nos que valemos tanto como vos os hacemos nuestro rey y señor, con tal que nos guardéis nuestros fueros y libertades, y si no, no (3).

No es mi ánimo, al copiar estas tradiciones, el reproducir documentos históricos. La falta de pruebas con que se citan, el énfasis con que estan redactadas, y el tono declamatorio de quienes las han conservado, autorizan para considerarlas como fabulosas, ó por lo menos de dudoso crédito. Pero semejantes invenciones, si acaso lo son, nacen espontáneamente, y se transmiten á la posteridad porque son la espresion de los sentimientos que animan á un pueblo. Los documentos auténticos estan muchas veces dictados por el espíritu de partido, por la hipocresía y por mil consideraciones que disfrazan la verdad, y alucinan á quien sin crítica severa y desconfiada los examina. No así estas obras anónimas, porque ningun individuo solo las ha creado. Producto de la sociedad entera, salen de lo mas hondo del corazon de los hombres, y todos las reciben con entusiasmo. En ellas descubren el filósofo y el historiador, mejor que en la narracion de los hechos verídicos, el espíritu de una época. En las aquí insertas vemos las pasiones y la organizacion del pueblo aragonés, pasiones y organizacion á que debe las grandes virtudes y las heroicas hazañas que ilustran su historia.

(1) Tengo á la vista un ejemplar del fuero de Sobrarbe copiado de un Códice que existe en la Academia de la historia, el cual, segun me ha asegurado persona fidedigna, es un traslado fiel del ejemplar del fuero de Sobrarbe que existe en el archivo de la ciudad de Tudela, y en él faltan las cláusulas que inserta Blancas. Solo se halla el contenido de la cuarta en su primer artículo.

(2) Este privilegio, de la manera que lo pone Blancas, no parece perpetuo y estensivo á todos los reinados como lo han creído Antonio Perez y cuantos lo han citado, sino solo relativo á su autor Iñigo Arista.

(3) Esta fórmula descansa únicamente en el testimonio de Antonio Perez.

MORATIN

(DON LEANDRO FERNANDEZ).

Como no seria regular que el ilustre nombre de Moratin faltase en una obra de esta naturaleza, consignámosle aquí con algunas muestras de su lenguaje poético, pocas, por ser sus obras conocidísimas dentro y fuera de España, como las mas clásicas entre las modernas, y no seguidas de ninguna de sus comedias, porque estas se han hecho ya tan comunes entre los que se dedican á nuestra lengua, que no hay quien la sepa que no las conozca. Además, entre tanta perfeccion, seria muy difícil elegir.

La vida de este insigne poeta dramático, gloria de nuestra escena moderna, se halla escrita con bastante estension al frente de la magnífica edicion de sus obras completas, publicadas por la real Academia de la historia en 1830. Como además se halla tambien en las numerosas ediciones de sus obras, nos limitaremos á dar aquí de ella las siguientes breves noticias.

Nació en Madrid en 10 de marzo de 1760. Empezó á darse á conocer en 1779 con su poema *la Toma de Granada* que ganó en la Academia española el segundo premio de poesía. En 1787 hizo en compañía del conde de Cabarrús un viaje á Paris, donde acabó de formar su gusto en literatura. En 1790 dió al teatro su preciosa comedia *el Viejo y la Niña*, y sucesivamente sus otras cuatro *el Café*, *el Baron*, *la Mogigata* y *el Si de las Niñas*, que pasa por la mas perfecta de todas. Despues de haber dado á la escena *el Café*, en 1792, recorrió la Francia, la Inglaterra, la Italia y la Holanda, regresando á España en 1796. Cuando en 1808 ocurrió la invasion de Bonaparte, Moratin perteneció al partido que se llamó *afrancesado* y de aquí las vicisitudes de su fortuna y de su residencia desde entonces, ya en España, ya en Francia, ya en Italia. Vuelto á Francia, al fin se fijó en Burdeos y últimamente pasó á Paris donde murió en 22 de junio de 1828. Yace enterrado en el cementerio del Padre Lachaise, muy cerca de la sepultura del gran Molière.

Entre los Arcades de Roma se llamó *Inarco Celenio*.

POESÍAS.

I.

ODA.

A LOS COLEGIALES DE SAN CLEMENTE DE BOLONIA.

¿Por qué con falsa risa	Y en placer delicioso
Me preguntais, amigos,	Afectos mil recibe:
El número de lustros que cumplí?	Movimiento dichoso
¿Y en la duda indecisa,	Del alma, si lo templó la razón.
Citais para testigos	Tal vez Febo me envía
Los que huyeron aprisa [ví?	Entusiasmo divino,
Crespos cabellos que en mi frente	Que á la helada vejez repugna dar;
Pues no los años fueron	Y la nueva armonía
Los que con mano dura	De idioma peregrino,
Melos llevaron, ni doliente ardor;	Las náyades que cria
Parte al afán cedieron	El Reno humilde, salen á escuchar.
Que el estudio procura,	Seguidme, y al umbroso
Parte despojos dieron	Bosque, mansion de Flora,
A tus victorias, ceguezuelo amor.	Que el templo cerca del Amor, ve-
¿Veis que en mi rostro imprime	Dadme, dadme oloroso [nid.
[ma	Incienso y la sonora
El tiempo sus pisadas,	Cítara, y de frondoso
La lengua turbe, ó debilite el pie?	Mirto mis sienas cándidas ceñid.
¿Veis que mi espalda oprima?	Mancebos y doncellas
¿O de brillar cansadas,	Cantan el himno sacro,
La actividad reprima	Y la pompa solemne comenzó.
De entrambas luces con que siem-	¿Veis que llegaron ellas,
[pre hablé?	Y en torno al simulacro
Pues si el ardiente brio,	Esparcén flores bellas,
Que la edad deteriora,	Y el coro de los jóvenes siguió?
Con su fuga veloz existe en mí,	Yo con estos unido
¿No es vano desvarío	Presentaré mis dones,
Vuestra demanda ahora?	Cuando postrados ante el ara esten.
Si alegre canto y río,	Del certero Cupido
Soy jóven fuerte, como jóven fuí.	Sintieron los arpones...
Lo soy, y vigoroso	¿Ay! que en vano he querido
Siento que late y vive	Burlar sus tiros, y me hirió tam-
Proponso á la virtud mi corazón;	[bien.

II.

ODA.

A LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE,
Docto anticuario, historiador y humanista.

¿Te vas, mi dulce amigo,	Sus diáfanos cristales
La luz huyendo al día!	Te dieron, y benévolas
¿Te vas, y no conmigo!	Su lira de marfil.
¿Y de la tumba fría	Con ella, renovando
En el estrecho límite,	La voz de Anacreonte,
Mudo tu cuerpo está!	Eco amoroso y blando
Y á mí, que débil siento	Sonó de Pindo el monte,
El peso de los años,	Y te cedió Teócrito
Y al Cielo me lamento	La caña pastoril.
De ingratitud y engaños,	Febo te dió la ciencia
Para llorarle; mísero!	De idiomas diferentes.
Largo vivir me da.	El ritmo y afluencia
O fuéramos unidos	Que usaron elocuentes
Al seno delicioso,	Arabia, Roma y Atica,
Que en sus bosques floridos	Supiste declarar.
Guarda eterno reposo	Y el cántico festivo,
A aquellas almas ínclitas,	Que en bélica armonía
Del mundo admiración:	El pueblo fugitivo
O á mí solo llevara	Al Númen dirigía,
La muerte presurosa,	Cuando al feroz ejército
Y tu virtud gozara	Hundió en su centro el mar.
Modesta, ruborosa,	La historia, alzando el velo
Y tan ilustres méritos	Que lo pasado oculta,
Ufana tu nación.	Entregó á tu desvelo
Al estudio ofreciste	Bronces que el arte abulta,
Los años fugitivos,	Y códices y mármoles
Y jóven conociste	Amiga te mostró.
Cuanto le son nocivos	Y allí, de las que han sido
Al generoso espíritu	Ciudades poderosas,
El ocio y el placer.	De cuantas dió al olvido
Veloz en la carrera,	Acciones generosas
Al templo te adelantas	La edad que vuela rápida,
Donde Témis severa	Memorias te dictó.
Dicta sus leyes santas,	Desde que el Cielo airado
Y en ellas digno intérprete	Llevó á Jerez su saña,
Llegaste á florecer.	Y al suelo derribado
Ciñeronte corona	Cayó el poder de España,
De lauros inmortales	Subiendo al trono gótico
Las nueve de Helicon;	La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel :

A tí fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á tí de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba

En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oír.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes áurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,

No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambición.

III.

SONETOS.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad : corre la plebe al foro,
Y entre las fascas que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atención sonora :
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra : en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta y dice :

« Gracias, Jove inmortal : ya es libre Roma. »

IV.

RODRIGO.

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
De la sangrienta militar porfía :
El campo godo destrozado ardia
Con llama, que descubre estrago horrendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvia,
Y muerto Orelia, entre la sombra fría,
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al Príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas. Cede al poderoso
Impetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

V.

ROMANCE

LOS DIAS.

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis días,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

¡Pero qué!... No la cierres :
Si es menester abrirla :
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de don Venancio,
¡Famoso petardista!

¡Oh! ya está aquí don Lucas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras,

Don Genaro, don Zoylo,
Y doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
A engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mugeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcan ;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se esplica,
Dejando mi despena
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas;
El otro se echa acuestas
Un cangilon de almíbar;

Y al otro, que jugaba
Detras de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinentemente eremita;

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:
Salgan todos aprisa:
Recojan abanicos,
Sombreros y hasquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

VI.

EPÍSTOLA.

A CLAUDIO,
El Filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Mas que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuantas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,

Me pidió de almorzar. Cedió al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(A tres pajes hambrientos y golosos
Racion cumplida), y en cristal luciente,
Agua que serenó barro de Andujar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¿Qué cosas dijo!
¿Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: « Oh edad nefanda!
¿Vicios abominables! ¿Oh costumbres!
¿Oh corrupcion! » esclama; y de camino
Dos tortas se tragó. « ¿Qué á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente:
Y para que mas grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en Africa compró, simple y desnudo.
¿Oh qué abominacion! » dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo cangilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
 Llanto causa tambien, de mármol eres :
 Que es mucha erudicion, zelo muy puro,
 Mucho prurito de censura estóica
 El de mi huésped; y este celo, y esta
 Comezon docta, es general locura
 Del filosofador siglo presente.
 Mas difíciles somos y atrevidos
 Que nuestros padres, mas inovadores,
 Pero mejores no. Mucha doctrina,
 Poca virtud. No hay picaron tramposo,
 Venal, entremetido, disoluto,
 Infame delator, amigo falso,
 Que ya no ejerza autoridad censoria
 En la puerta del Sol, y allí gobierne
 Los estados del mundo, las costumbres,
 Los ritos y las leyes mude y quite.
 Próculo, que se viste y calza y come
 De calumniar y de mentir, publica
 Centones de moral. Névio, que puso
 Pleito á su madre y la encerró por loca,
 Dice que ya la autoridad paterna
 Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
 La corrupcion de aquí. Zenon, que trata
 De no pagar á su pupila el dote,
 Habiéndola comido el patrimonio
 Que en su mano rapaz la ley le entrega,
 Dice que no hay justicia, y se condeule
 De que la probidad es hombre vano.
 Rufino, que vendió por precio infame
 Las gracias de su esposa, solicita
 Una insignia de honor. Camilo apunta
 Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
 En ilustres garitos disipando
 La sangre de sus pueblos infelices,
 Y habla de patriotismo... Claudio, todos
 Predican ya virtud como el hambriento
 Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
 Dichoso aquel que la practica y calla.

VII.

CUENTO.

EL COCHE EN VENTA.

Quiero contarte
 Que don Miguel,
 Aquel pesado
 Que viste ayer,
 Me está moliendo
 Mas ha de un mes,
 Sin ser posible
 Zafarme de él,
 Para que compre
 (Mal haya, amen)
 Sus dos candongas
 Y su cupé.

Esta mañana
 Salí á las diez
 A ver á Clori
 (No lo acerté):
 Horas menguadas
 Debe de haber.
 Ibane aprisa
 Hacia la Red,
 Y en una esquina
 Me le encontré.
 Fueron sin duda
 Cosa de ver
 Las artimañas,
 La pesadez,
 Los argumentos
 Que toleré,
 El martilleo
 De somaten,
 Y las mentiras
 De tres en tres.
 «Y, no hay remedio,
 Ello ha de ser;
 Porque, amiguito,
 Mirado bien,
 Sale de balde.
 Parece inglés:
 La caja es cosa
 Digna de un rey.
 ¡Qué bien colgada!

¡Qué solidez!
 Otra mas cuca
 No la veréis.
 Pues ¿y las mulas?
 Yo las compré
 Muy bien pagadas
 En Aranjuez,
 Y á los dos meses
 Llegó á ofrecer
 El marquesito
 De Mirabel
 (Sobre la suma
 Que yo solté)
 Catorce duros
 Para beber
 A un chalan cojo
 Aragonés,
 Que vive al lado
 De la Merced.
 Son dos alhajas:
 No hay que temer,
 Fuertes, seguras,
 De buena ley.
 Con que Domingo
 Puede á las seis
 Ir á mi casa;
 Yo os dejaré
 Las señas... Pero...
 ¿Teneis papel?
 — No tengo nada,
 Ni es menester:
 Dejadme vivo,
 Sayon cruel.
 Si ya os he dicho
 Que no gasteis
 Saliva y tiempo;
 Si no ha de ser;
 Si por no hallaros
 Segunda vez,
 Solo, sin capa,
 Me fuera á pie
 Hasta la turca

Jerusalén. »
 ¿Y te parece
 Que le ahuyenté?
 Nunca un pelmazo
 Llega á entender
 Lo que no cuadra
 Con su interés.

Quise cansarle,
 Me equivoqué:
 Sigo mi trote,
 Sigue también,
 Suelto de lengua,
 Agil de pies,
 Siempre á la oreja
 Como un lebrele.
 Lloviendo estaba
 Y á buen llover;
 Calles y plazas
 Atravesé,
 Charcos, arroyos...

Voy á torcer
 Por la bajada
 De san Ginés;
 Hallo un entierro
 De mucho tren;
 Muerto y parientes
 Atropellé.
 El, por seguirme,
 Dió tal vaiven
 A un monaguillo,
 Que sin poder
 Valerse, al suelo
 Cayó con él.
 Tal del pobrete
 La rabia fué,
 Tal cachetina
 Siguió despues,
 Que malferido,
 Zurrado bien,
 Allí entre el lodo
 Me le dejé.

MUSSO Y VALIENTE ⁽¹⁾.

I.

(Apuntes para la Crónica de don Fernando el IV.)

Doña Maria la Grande, llamada de Molina, en el congreso de Palencia.

Gran peligro, y cual nunca pudiera tenerle mayor, amenazaba á doña Maria en aquel mismo tiempo en que debia lisonjearse de haberlos desvanecido todos. Muger singular, á la que pudiéramos llamar blanco de la fortuna, si los mismos contratiempos que experimentaba, no hubieran servido para acrisolar la grandeza de su alma, y manifestar que habia nacido para dominar á su estrella. Su política mereceria elogios aun en varones espertos en el arte de mandar á los hombres: ¿qué dirémos al considerar que las riendas del gobierno estaban en manos destinadas por la naturaleza para manejar la rueca y el huso? No importa que á los ojos de la posteridad se haya oscurecido la que en su tiempo fué apellidada la *Grande*. Porque si reducida á pequeños limites la monarquía, y no pensando la reina sino en salvar el trono de su hijo, en dar á los pueblos la paz y gobernarlos con justicia, careció del brillo que dan grande imperio, aparato ostentoso, ruidosas conquistas, naciones postradas: los que descendemos de aquellos que disfrutaron de sus beneficios, y somos depositarios de los monumentos que testifican el acierto de sus providencias, la sacaremos del olvido, y presentándola con orgullo á la generacion actual y á las venideras, les dirémos: «Ved ahí el modelo que debe estudiarse por los que en medio de grandes borrascas, no quieran dar al traste con la nave del estado.» Mas para conocer bien el mérito de esta heroína, volvamos atras la vista, y reconozcamos ante todo los principales enemigos, que en los primeros meses de su viudez la cercaron, y ya de una ya de otra manera, le pusieron asechanza, para derribarla.

No dormía don Alonso de la Cerda, que halagado por la esperanza que le daba la tierna edad del heredero de don Sancho el *Bravo*, buscaba apoyo para su ambiciosa pretension en don Jaime II. No cabia franqueza y buena fé en el infante don Juan, que viendo en los designios de don Alonso el medio de cumplir los suyos, transigia con él para llamarse rey á toda costa. A la sombra de los próximos disturbios que ambos iban á suscitar, pen-

(1) Véase su noticia biográfica en el artículo *Apecochea*, tomo 1, p. 17.